

yes no tramarán conspiraciones contra la libertad cuando no existan; y no existirán cuando no tengan ejércitos porque hayan sido exterminados. Hagámosles guerra de exterminio y acabemos con ellos para siempre. ¿Ni de qué conmiseracion son dignos los esclavos que llevan el Emperador y el rey de Prusia y el duque de York á fuerza de palos y de aguardiente á la guerra?»; palabras que produjeron grande hilaridad en el auditorio de la Montaña y de las tribunas.

Si Barère hubiera logrado poner en ejecucion su sanguinario proyecto, es difícil calcular el alcance de los males y daños que habria ocasionado á los hombres, pues por contrarios que fueran los gobiernos á las medidas de crueldad, habrian sido injustos respecto de sus propios súbditos, dando cuartel á semejantes enemigos, siendo por tanto las represalias, no sólo naturales y justificables, sino hasta ineludible y sagrado deber. Howe y Nelson se habrian visto, por tanto, en el caso de fusilar los prisioneros franceses que cayeran en sus manos, de cumplirse tan sanguinario decreto de la Convencion durante los veintiun años de guerra que mediaron entre 1794 y 1815; y á decir verdad, ántes hubiesen sido éstos perjudiciales á los hijos de la Francia que á los ingleses, en razon á ser mayor siempre el número de aquéllos que la suerte de las armas ponía en manos de éstos que al contrario; diferencia que habrá de subsistir siempre mientras la Gran Bretaña conserve superioridad marítima sobre las demas naciones. No considerando, pues, la cuestion bajo el punto de vista inglés, sino de la humanidad en general, débese de hablar siempre con indignacion y horror del cambio que se proponía introducir Barère en las costumbres de la guerra; cambio de tal

naturaleza, que la matanza misma, con ser abominable, habria sido la menor de sus consecuencias. Porque la muerte de un sólo soldado inerme, dispuesta de una manera serena é impasible por la Cámara, hubiera hecho más daño que diez estragos como el de la batalla de Albuera, en razon á que se habria quebrantado hasta en sus cimientos el derecho público, á que los odios nacionales hubieran alcanzado proporciones incalculables, y á que hubiese sido imposible asentar paces duraderas entre los pueblos beligerantes; corrompiéndose rápida y profundamente la condicion moral de las naciones europeas, pues en todas se considera con el mayor respeto á los hombres cuya mision en la sociedad se reduce á exponer la vida en defensa del bien general, y que gozan fama de ser los árbitros más cumplidos y mejores en materia de honor y de conduta cívica, por tal modo que descendiende y se eleva el nivel de la moralidad pública ordinariamente con el nivel de la moralidad del ejército. De aquí que sea reputado entre las gentes desde hace largos años el respeto á los débiles y la clemencia para con los vencidos como cualidades no ménos esenciales al soldado que su valor personal. Pero ¿cuánto tiempo prevalecerían estas ideas si la matanza de los prisioneros formara parte de los deberes del militar? ¿Sería posible hallar un hombre bueno y virtuoso que bajo estas condiciones abrazara la carrera de las armas? Y entre aquellos que no la siguen de su grado, sino forzosamente, ¿habria muchos que pudieran ser á un tiempo mismo verdugos y buenos y generosos ciudadanos? ¿No es evidente que si los tratamientos bárbaros con los débiles formaran parte del código militar y fueran rasgo característico de los soldados, luégo

trascenderían tan perniciosas costumbres á la vida civil y doméstica, dejándose sentir en todas las relaciones del fuerte con el débil: en las del marido con la mujer, del amo con el criado y del acreedor con el deudor?

Gracias al cielo, el decreto de Barère no fué sino letra muerta; porque los encargados de cumplirlo eran de muy otro modo que los instrumentos de la Junta de Salud pública en Francia, que declamaban en el club de los Jacobinos, y acudían cada momento en busca de Fouquier-Tinville acusando de incivismo á las honradas mujeres cuya resistencia no podían vencer y á los banqueros y capitalistas cuyas cajas no podían robar. En efecto, los ciudadanos soldados que defendieron con su esfuerzo bajo las órdenes de Hoche los muros de Dunkerque, y el bosque de Monceaux bajo las de Kleber, retrocedían de horror al pensar en ejercer un oficio más degradante que el de verdugo. «La Convención, decía un oficial á su compañía, nos manda que fusilemos los prisioneros ingleses.—No haremos tal, replicó un bizarro sargento; enviadlos á la Convención, y si los diputados quieren matar los prisioneros, hánganlo ellos mismos y cómanselos, además, como salvajes que son.» Así pensaba felizmente todo el ejército; y Bonaparte, que comprendía de muy admirable manera el espíritu de la guerra, que había demostrado en Jaffa y en otras partes cuán dispuestamente se hallaba en toda ocasión á cumplir rigurosamente sus leyes, y que odiaba la Inglaterra casi con locura, siempre habló del decreto de Barère horrorizado, y se felicitó de la conducta del ejército al negarse á cumplirlo.

Esta desobediencia hubiera sido castigada en el acto con la muerte á ser obra de ciudadanos inde-

fensos; pero harto sabía la Junta de Salud pública que la disciplina, eficaz á someter bajo el yugo de su despotismo los pacíficos é inermes pobladores de las ciudades y campiñas, no podría sin riesgo tener aplicación en los campamentos. Porque si para los Jacobinos era grato pasatiempo arrojar centenares de personas al agua, y cortar con hachuelas los dedos de aquellos infelices que se asían desesperados á las lanchas, cuando las víctimas de su ferocidad eran sacerdotes ancianos, débiles doncellas ó mujeres en cinta, como en Nantes, no les parecía lo mismo, sino muy peligroso, tratándose de granaderos que habían estado en Hondschoote y en Fleurus, y que traían el rostro cubierto de cicatrices de muchas batallas.

XXIX.

Sin embargo, pudo al fin consolarse con algo nuestro héroe; y si no consiguió hacer matar ingleses y hannoverianos, se desquitó gozando del espectáculo de nueva y formidable carnicería de compatriotas suyos de ambos sexos. A ser exacta la excusa que se alega en defensa de los individuos del Comité de Salud pública, y la de que gobernaban con extremada severidad sólo porque la república se hallaba en extremo peligro, es evidente que hubiera ido cediendo aquella en la misma proporción de éste; pero es lo cierto que las crueldades que se trata de justificar invocando el peligro de la patria, fueron subiendo de punto á medida que cedía la intensidad de aquél, llegando á los últimos límites de la barbarie cuando hubo desaparecido por completo. Sin duda pudo temerse durante los meses

del otoño de 1793 que no consiguiera la Francia resistir el choque de la coalicion europea, pues el enemigo triunfaba en las fronteras, y más de la mitad de los departamentos era rebelde á la Convencion: entónces reputaban suficiente los patriotas de Paris enviar á la guillotina una docena de personas cada dia. El verano de 1794, Burdeos, Caen, Tolon, Lyon y Marsella se habian rendido ya y sometídose al yugo de Paris; los ejéritos nacionales recorrían vencedores y triunfantes desde los Pirineos á las orillas del Sambre; Bruselas estaba sujeto á los franceses, y la Prusia resuelta, como acababa de publicarlo, á no proseguir la lucha, y la Francia, gansa de conquistas y de glorias militares en los Alpes y el Rhin, despues de haber ocurrido á su propia independecia, héchose más temible á sus vecinos que lo fué nunca Luis XIV: sin embargo, entónces no se veía satisfecho el Tribunal revolucionario de Paris con degollar cada mañana de cuarenta á sesenta individuos. Pasó algun más tiempo; y cuando una serie no interrumpida de victorias hubo destruído de todo en todo el argumento que habria podido hacerse valer en apoyo del sistema terrorista, determinó la Junta de Salud pública introducir en él reformas y modificaciones tales que le imprimieran energía y vigor desconocidos. En efecto, propusieron reconstituir el Tribunal revolucionario y condensar en dos páginas toda la jurisprudencia novísima, formando para lo primero una lista de doce jueces y cincuenta jurados escogidos entre los Jacobinos más violentos, y reduciendo para lo segundo la ley penal á considerar merecedor de la muerte lo que jueces y jurados reputaran peligroso para la república: la prueba se contrajo á estimar bastante aquello que á los jurados pareciera convin-

cente, y en cuanto al procedimiento era en todas sus partes digno de lo demas, como que se creaba el oficio de fiscal y se negaba el derecho de la defensa por letrado, y se decia expresamente que si los jurados adquirian el convencimiento de la culpabilidad del acusado podrian condenarlo, sin oír los testigos, á la pena capital, única que la sala tuviera facultades de aplicar.

Robespierre propuso el decreto. Cuando hubo terminado su lectura, se oyeron murmullos en el salon; el miedo, que habia enmudecido por tanto tiempo á los convencionales, parecia ceder á otro miedo más grande y fuerte, al persuadirse cada cual de que tanto valia votar aquel proyecto como enganchar un convoy de carretas que trasportara cada dia centenares de víctimas al cadalso, en cuyos primeros escalones se sintieron todos: «Esto es de la mayor importancia, dijo uno, y pido por tanto, para que la Cámara lo estudie con la calma y detenimiento debidos, que se imprima y se aplace la votacion: de mí sé decir, que ántes de aprobarlo á seguida sin más examen, me levantaria la tapa de los sesos de un pistoletazo.» La Convencion dió muestras de asentimiento. Lo cual visto de Barère, temeroso de un fracaso, subió á la tribuna y pronunció las palabras siguientes: «Cuando se propone una ley en todas sus partes favorable á los patriotas, y que asegura el pronto y ejemplar castigo de los enemigos de la libertad, sólo una opinion compacta deben tener los legisladores. No me opongo al aplazamiento que se pide; pero es á condicion de que no exceda de tres dias.» Con esto la minoría no fué osada ni á indicar siquiera su desagrado con un ademan, y el decreto pasó al fin; y durante las seis semanas siguientes, la matanza tomó proporciones

hasta entónces desconocidas en la horrible, feroz y sangrienta tragedia del Terror.

XXX.

El mal se hizo insoportable, y á virtud de él aquella tímida mayoría que durante algun tiempo sostuvo á los Girondinos, dándose por satisfecha despues de su caída con aprobar en silencio los decretos del Comité de Salud pública, se sintió fortalecida en cierto modo de su propia desesperacion. Figuraban en ella hombres de carácter firme y atrevido, como Fouché y Tallien, los cuales, despues de haber estado entre los jefes de la Montaña, echaron de ver que sus vidas y las de séres muy caros á su corazon se hallaban en inminente peligro. Aparte de esto, se hacia imposible ocultar el cisma que separaba en dos bandos los individuos de la Junta de Salud pública, poniendo de una parte á Robespierre, Saint-Just y Couthon, y á Collot y Billaud de otra: Barère, ántes se hallaba con los últimos que no con los primeros; pero en ningun caso resuelta y francamente, porque, segun su costumbre de cada vez que presentia una crisis, contemporizaba con los opuestos bandos, ó los atacaba sucesivamente, quedándose á la expectativa y dispuesto á entonar alabanzas al vencedor y á firmar la sentencia de muerte del vencido con la *carrañola* preparada, cuya base formaban el árbol de la libertad, la sangre de los traidores, el puñal de Bruto, las libras esterlinas de la pérfida Albion; frases huecas que luégo podian sazonarse con los nombres de Robespierre ó de Billaud indistintamente.

El primer ataque dirigido contra Robespierre fué

indirecto. Porque como protegiera el tirano á cierta vieja llamada Catalina Théot, embaucadora, bruja, loca é intriganta juntamente, y esta mujer ejerciera sobre su espíritu la mayor influencia (cosa que nada tenía tampoco de singular, pues habiendo sido siempre muy dado á la supersticion y renunciado á la fe de sus padres, buscaba con ánsia desde entónces algo en que creer por absurdo que fuera), sabiéndolo nuestro Barère, formuló contra ella un capítulo de cargos semi-burlescos, concluyendo con pedir naturalmente que compareciera la malaventurada, en compañía de otros individuos de ambos sexos ante el Tribunal revolucionario, es decir, ante el verdugo. Sin embargo, cobarde y artero, no se atrevió á leer su obra en la Convencion, y otro individuo de ella fué quien asumió la paternidad de las bufonadas contenidas en el papel, pudiendo su verdadero autor gozar tranquilo y seguro de la sorpresa y del desagrado de Robespierre.

Pasados que fueron algunos dias, estimó Barère bastante cuanto habia hecho en pro de uno de los partidos, y que ya era llegada la ocasion de reconciliarse con el otro. En consecuencia de esto, el 7 de Termidor pronunció en la Convencion un panegírico de Robespierre, «representante del pueblo, dijo, que gozaba de patriótica fama, merecida en cinco años de trabajos, durante los cuales aparecieron en toda su grandeza sus principios de libertad é independencia.»

El dia 8 pudo verse de una manera clara que se acercaba la hora de la batalla. Robespierre rompió el fuego, subiendo á la tribuna y pronunciando un discurso lleno de invectivas y denuestos contra sus adversarios. Se propuso la impresion de su filípica, y Barère habló en este sentido; pero la Convencion

se opuso á ello. Entónces nuestro héroe comenzó á buscar el modo más eficaz y pronto de que le fuera perdonado su primer discurso, rogando á los convencionales que se abstuvieran de polémicas infructuosas para el bien de la patria y ocasionadas sólo á complacer á Pitt y al de York. Al fin estalló la crisis el 9 de Termidor, día para siempre memorable. Tallien expuso la vida en él bizarramente, y dirigió el ataque, siguiéndolo Billaud, desencadenándose con tanta furia la tempestad de odios y venganzas comprimida por el terror largo tiempo, que acabó derribando cuantos obstáculos encontró al paso. Barère, que acechaba la ocasion y la presa, cuando vió que la campanilla presidencial y los gritos de *¡abajo el tirano!* ahogaban la voz de Robespierre, que luchaba inútilmente para ser oido, acabando por proferir sonidos inarticulados, se levantó, comenzó su arenga con vacilacion y timidez, estudiando el efecto de cada una de sus palabras en el auditorio, y al persuadirse de que se hallaba dispuesto y resuelto á todo, se declaró contra su defendido de la vispera, subiendo de punto su saña y su elocuencia en la medida que los artilleros de Paris y el pueblo iban adhiriéndose á la causa de la Cámara, y llegando á su apogeo al saber que la victoria era suya, pues entónces habló de Pisistrato y de Catilina, para concluir pidiendo la cabeza de Robespierre y de sus cómplices. Aprobada la proposicion, al dia siguiente murieron en la guillotina los vencidos del Comité de Salud pública y sus principales adeptos. Un año justo hacia que Barère había comenzado la carrera del crimen, proponiendo la proscripcion de sus antiguos compañeros los Girondinos, y es muy dudoso, á nuestro parecer, que ningun otro sér humano haya logrado acumular mayor número de asesinatos y de

maldades en el espacio de trescientos sesenta y cinco dias.

XXXI.

No hay duda de que los tres individuos de la Junta de Salud pública, vencedores de los otros tres que sucumbieron con motivo de los sucesos del 9 de Termidor, fecha de las más importantes en la historia de Europa, eran tan perversos como ellos, y acaso los ménos malos de todos Robespierre y Saint-Just, por ser su crueldad producto de sincero fanatismo, limitada inteligencia y natural envidioso. No así Barère, el peor de los seis, que ninguna fe tenía en las partes del sistema sustentado por él á fuerza de persecuciones y matanzas; que mandaba sus semejantes al patíbulo sin más causa que ser parientes en tercer grado de un realista, no estando convencido de las ventajas de la república sobre la monarquía; que acusaba y condenaba á muerte sus antiguos compañeros á pretexto de federalismo, siendo más federal que todos juntos; que se hizo asesino por miedo únicamente, y que continuó siéndolo despues sólo por gusto de matar.

Pero el vulgo que se halla siempre dispuesto á personificarlo todo, designa un individuo, las más de las veces sin criterio, por representante de las grandes evoluciones del humano espíritu y de las grandes catástrofes, y concentra en él odio, amor, admiracion ó desprecio, cuando debiera equitativamente repartir su mala voluntad ó su afecto entre los partidos, las sectas, los pueblos ó las generaciones. Acaso ningun hombre haya sufrido más que Robespierre de la manera de ser dicha y pro-

pia de las muchedumbres; porque no solamente se le considera cual en realidad fué, á saber, como fanático, envidioso y malo, mas tambien como la encarnacion del Terror y personificacion del Jacobinismo; siendo la verdad que no puede achacársele las últimas iniquidades del sistema cuando extremó en sus postrimerías las infamias y horrores; que los momentos más temerosos en la historia del Tribunal revolucionario de Paris fueron los inmediatos precursores del 9 de Termidor, y que no concurría entónces ya Robespierre á las reuniones de la Junta soberana, cuyos negocios corrian á cargo de Billaud, Collot y Barère.

No advirtieron estos tres tiranos que, derribando á Robespierre, echaban por tierra el sistema del Terror, al que todos mostraban más predileccion que nunca le tuvo él, y quisieron proseguir matando más despiadadamente aún que lo hicieron en los dias más luctuosos de aquel período sangriento, sin comprender el carácter y el espíritu de la gran crisis que se acercaba. Porque al quebrar la Convencion el yugo de la Junta de Salud pública reconquistó su libertad, y al ensayar sus fuerzas, venció y castigó á sus enemigos. Y en prueba de que se inauguraba con aquel suceso una gran reaccion, veinticuatro horas despues de la muerte de Robespierre se propuso y aprobó en medio de atronadores aplausos la suspension de las sesiones del Tribunal revolucionario. No se hallaba presente Billaud, pero acudió al cabo de cortos momentos, y al saber lo sucedido, montó en cólera y pidió se anulara el acuerdo, contestándole la Cámara con gritos negativos, que partian de los mismos hombres poco ántes tan sometidos y obedientes á sus mandatos. Barère hizo uso de la palabra el mismo

dia, rogando á la Convencion que no abandonara el sistema terrorista, diciendo: «Guardaos principalmente, ciudadanos, del funesto y pernicioso moderantismo que habla de paz y de elemencia, pues se hace necesario persuadir para siempre á los aristócratas de que aquí no se sientan sino vengadores constantes y jueces implacables.»

XXXII.

Empero el tiempo de las *carmañolas* habia pasado. El miedo no ejercia el mismo imperio que ántes, y el odio de la nacion contra los Jacobinos se manifestaba con violencia tan incontrastable, que nunca fueron más impetuosas las corrientes de la opinion pública en contra de la monarquía y la nobleza el dia de la Bastilla, que á la sazón en contra del despotismo de la Montaña. Los presos salieron á centenares de las cárceles, y el decreto en cuya virtud se prohibia dar cuartel á los ingleses por los soldados de la república, fué abolido en medio de grandes aplausos y aclamaciones; y cuando recordamos cómo se aprobó, de qué manera tan resuelta lo rechazó la opinion del ejército, no cumpliéndolo nunca, y con cuánto entusiasmo se anuló, no es posible reputarlo por mancha en la historia de Francia. El club de los Jacobinos, que no queria ceder, fué suprimido. Los diputados Girondinos que salvaron á la matanza de sus correligionarios, ocultos en desvanes, sótanos y cuevas, librando así de la venganza de sus enemigos, volvieron á tomar asiento en la Cámara. No pasaba dia sin que se hicieran grandes desagravios á grandes injusticias. En las calles de Paris se advertian á cada paso muestras

inequívocas del cambio que se verificaba. En los teatros derribó de sus pedestales el pueblo é hizo pedazos los bustos de Marat, con aplauso unánime de la concurrencia; su féretro fué arrojado fuera del Panteon, y la famosa pintura conmemorativa de su muerte, que adornaba la sala de sesiones de la Convencion, quitada de allí. Las bárbaras inscripciones que cubrian las esquinas desaparecieron como por encanto, y en lugar de palabras de muerte y de terror se leyó la consigna del nuevo Gobierno: *Humanidad*. Volvió á recuperar el carácter frances su alegría proverbial, comprimida ó perdida casi con el espanto y la desolacion pasada, y se reveló bajo mil formas diversas al despuntar de aquella feliz aurora de redencion. Reaparecieron con ella las artes, el buen gusto y el lujo. La hermosura y las gracias femeniles reconquistaron su legítimo imperio, como no podia ménos de suceder, siendo su reinado tanto más dulce, amable y avasallador, cuanto que aumentaban su prestigio, irresistible siempre, los recuerdos conmovedores de las virtudes sublimes de que dieron altísimos ejemplos en los dias aciagos y terribles de la Revolucion las mujeres francesas de todas las clases sociales, y áun más aquellas damas educadas en el ocio, el mimo y el regalo de la grandeza, y reputadas por frivolas y débiles. La cultura, los buenos modales, la civilizacion y el espíritu caballeresco germinaron entónces en el hombre, cual siempre, bajo la influencia de la mujer. Tpo se trasformó, cobrando nuevo sér y vigor nuevo al propio tiempo, de tal modo, que, pensar en la trasformacion maravillosa que realizaria el sol radiante de los trópicos, apareciendo en medio de la oscura y helada noche del polo ártico, ahuyentando las sombras, fundiendo las montañas de hielo, reani-

mando la vida vegetal, haciendo brotar plantas y flores, y devolviendo su curso á los rios y á las fuentes; en una palabra: imaginar nueva creacion, sacando nuevo paraíso de nuevo caos, acaso no fuera bastante á dar idea remota de los efectos producidos en Francia por la revolucion del 9 de Termidor, la más venturosa, feliz, natural, justa y necesaria de todas las revoluciones.

XXXIII.

Con haber sido muy grande la explosion, por decirlo así, de buenos y generosos impulsos y deseos; con ser la divisa y norma de todos la palabra *humanidad*, áun quedaban muchos hombres en Francia contra quienes pedia venganza la misma misericordia. Eran éstos los jefes del último Gobierno, y así á ellos como á sus satélites nadie los llamaba de otra manera que apellidándolos canibales, tigres, hienas, vampiros y asesinos. En algunas poblaciones de Francia, en las cuales se habian mostrado los agentes de la Montaña más bárbaros y feroces que sus colegas en la capital, el pueblo se hizo cargo de ellos y los acabó, empleando el expeditivo procedimiento jacobino: en Paris se aplicaron los castigos con orden y decoro, siendo cortos en número y suaves por extremo, comparados con la cifra y magnitud de sus crímenes. Pocos dias despues del 9 de Termidor fueron presos dos de los hombres más viles que hayan existido en país alguno, á saber: Fouquier-Tinville, á quien Barère habia colocado en el Tribunal revolucionario, y Lebon, á quien Barère defendió ante la Convencion: otro malvado, Carrier, el tirano de Nantes, corrió igual